

DON VÍCTOR SAN MARTÍN GARRIDO,  
EL CURA ALCALDE, AMIGO, MAESTRO Y SERVIDOR

JOSÉ HERNÁNDEZ GONZÁLEZ



Cada mañana al terminar la misa, casi siempre cantada, que celebraba en la vieja parroquial del “Apóstol de la verdad”; “... y de Nazaret puede salir algo bueno...” estas fueron las palabras de San Bartolomé, el que da nombre a nuestro municipio la tan discutida “Aldea de Ajey”.

Con prisa doña Amalia Cruz, estaba en la sacristía esperándole con el desayuno que consistía en café con leche que dicha señora llevaba en un termo y unas galletas muy baratas que venían envueltas en un papel rosa, y él ya se fumaba el primer “virginio” de la mañana, cogía el bastón y se disponía a enterarse de todos los acontecimientos del pueblo y para eso visitaba y hablaba con todos los vecinos, para ello empezaba por la mayoría de las tienditas que entre la “*Esquina de Parra hasta el principio de la Ventas*”; don Víctor se las recorría todas, escuchaba penas y lamentos, desde señora Carmela, hasta doña Carmen Hernández que le enseñaba el libro de oraciones que llevaba a esa misa temprana, pues era el primer “Viernes de mes” y había que ir al Santo Sacrificio Eucarístico, por la promesa del Sagrado Corazón y volver al siguiente día por lo del Inmaculado Corazón de María. Él iba como queriéndose quitar de en medio “beatas”, algo que tanto ha perjudicado el buen funcionamiento de las parroquias. Estaba más interesado por quien sería el futuro presidente de la Sociedad el Porvenir, o si el Pleno Municipal al repartir “Las Parcelas del Monte” no se había equivocado y estaban bien distribuidas a todos los pobres del pueblo, porque eso lo lleva anotado, para al sábado siguiente discutirlo con don Blas Ferrer Díaz, el Alcalde, cuando le acompañaba a visitar las escuelas para invitar a la misa dominical a todos los niños, lo mismo que tenía anotado en otra libreta a todos los enfermos de “Tuberculosis”, para visitarlos y dejarles sobre la silla donde estaba sentado el pequeño billete de veinticinco pesetas que alguien le había pagado esa misma mañana o bien de un entierro o bien de una boda o del mismo sacrificio del Altar, que había celebrado, después de haberle dado lo que le correspondía al sacristán al sochantre y acólitos. No pensaba en él, pensaba en los demás, en aquellos años de miseria y penuria de toda nuestra geografía insular, era un cura adelantado casi 14 años al Vaticano II, donde para hablarles a los hombres de Dios tienes que hablarles de la dignidad que da ese Dios cuando tienes un trabajo digno y están bien alimentados, entonces ya puedes hablarles de Dios.

“De Fuerteventura a Paris” de don Miguel Unamuno, nombra entre sus amigos a don Víctor San Martín.

Para los jóvenes de hoy aquí en San Bartolomé se preguntarán ¿quién fue el Párroco de San Bartolomé, don Víctor San Martín? Sobre todo al pasar por la calle paralela a la iglesia que empieza en la Plaza y termina en la calle Calderetas y que lleva su nombre.

Nació el 28 de julio de 1883, en Anguta, que era un pago de Bagañón, La Rioja, este pago ya está hoy desaparecido. Sus Padres fueron Benigno y Maria Anastasia.

Entro en el Seminario Menor que tenían los Claretianos en Santo Domingo de la Calzada con 13 años, fue novicio de dicha congregación en 1900 e hizo su profesión en 1901. Estudió Filosofía y Teología en Cervera provincia de Lérida. Regresando más tarde a Santo Domingo de La Calzada. Fue Ordenado Sacerdote en la Catedral de Palencia el 10 de Junio 1911.

Después de ordenado sacerdote fue destinado a Segovia, pasando luego a la Diócesis de Ciudad Rodrigo, en el año de 1916 estaba destinado en la Castellana ciudad de Zamora.

Hasta 1918 pertenece a la Provincia Eclesiástica de Castilla, allí sus superiores le pierden la pista.

El 1 de Junio de 1919 llega a Canarias, en Las Palmas el Obispo Marquina, le encarga la Parroquia de Santa Ana en Casillas del Ángel (Fuerteventura), más tarde fue incardinado a la Diócesis de Canarias y el Rubicón, tres años más tarde en 1922, el Obispo Mártir, el Dr. don Miguel Serra y Sucarrat le nombra Párroco de Nuestra Señora de Rosario en Puerto de Cabras, capital de Fuerteventura.

En dicha Parroquia estuvo don Víctor hasta el mes de agosto de 1925 en que el 15 de ese mismo mes y año en las vísperas de nuestras fiestas patronales, recalca por San Bartolomé de Lanzarote.

En “El diario Las Palmas del 14 de septiembre de 1925 dice así”: *A hecho viaje a Lanzarote para incorporarse a la Parroquia de San Bartolomé el hasta ahora párroco de Puerto de Cabras Don Víctor San Martín Garrido siendo sustituido por Don José Ramírez.*

En los años que estuvo en San Bartolomé nunca habló ni presumió de su amistad con don Miguel Unamuno y mira que en esta nuestra Parroquia estuvo 26 años. El doctor don Juan Gil Cejudo dice de don Víctor *si quisiéramos resumir su personalidad en estos años de pastor de San Bartolomé lo podríamos decir con esas palabras: fue inteligente, pobre y humilde. Pero el recuerdo más fuerte es el de su palabra, explicando el Evangelio en la misa. Se entregaba completamente a lo que decía y si poníamos un poco de atención, nos hacía vivir seriamente los hechos del Evangelio.*

Las personas que vivieron esa época y le recuerdan, conocieron muy bien la pobreza que había en Lanzarote y cuanta gente tuvo que emigrar en busca de una vida mejor. Don Víctor no desentonó en absoluto con el tiempo que le tocó vivir en nuestro pueblo.

Participó además de la vida religiosa del pueblo, también en su vida cultural, política y social. Fue uno de los fundadores de la Sociedad El Porvenir, a él se le debe el nombre, en una época difícil para la convivencia del pueblo participó en la vida pública siendo Alcalde por espacio de un mes.

Tiene muchas anécdotas en su larga estancia como párroco del pueblo, el visitar por las mañanas a la salida de la misa tempranera, a las tiendas, zapaterías, herrerías y otros negocios del pueblo antes de llegar a la casa parroquial, era afable y gran conversador muy abierto y cordial, estaba presente en todos los eventos, bodas, bautizos etc. a todos honraba con su presencia, compartiendo mesa con todos ellos. La gente del pueblo le miraban como algo suyo, pidiéndole un mantel que le habían regalado en Fuerteventura para las bodas, o arreglando un mal entendimiento con el Cabo de la Guardia Civil y un comerciante del pueblo, e invitándolos a tomar café a su casa, que el mismo comerciante le había dado a “escondidas” pues no estaba el café a la venta o escondiendo en la casa parroquial mercancía, que unos negociantes del pueblo tenían antes de que se las confiscaran los inspectores, porque don Víctor, sabía la situación de aquellos señores con sus esposas enfermas y apenas podían sobrevivir, cuando en las fiestas patronales dejaba que en la Sociedad hubiera baile hasta las doce de la noche, para que los jóvenes se divirtieran, y el “cantinero” ganase algo pues había sido aquel año un año muy malo sin llover, y discutía eso por la mañana cuando el Señor Arcipreste le quería suspender la Misa Solemne y la Procesión, pues él mejor que nadie sabía la penuria de la gente, y tenía mucho cuidado en las Pastorales, sobre las playas y las formas de vestir, pues dentro de su inteligencia él comprendía que en San Bartolomé no existía ese problema, o cuando preparaba mejor sus homilias en el verano, cuando se veraneaba por el Islote, La Florida, El Grifo, Masdache, Mozaga y el mismo San Bartolomé ya que venían a nuestra parroquia a cumplir con el precepto dominial.

Cuando la Guerra Civil española los mozos del pueblo estaban esperando en la plaza para trasladarse al muelle para viajar a la península fue a despedirse de cada uno de ellos y les dio 25 pesetas, muchos que eran casados fueron a llevárselas a su mujer pues, no dejaban dinero ninguno en la casa.

Durante la contienda del 36 al 39 al tener radio iba a su casa todo el pueblo para oír el “parte de guerra” muchas veces él lo copiaba y se lo mandaba a otros compañeros sacerdotes que no tenían radio ni periódicos.

Su casa era de todos los pobres del pueblo lo mismo que las dos aljibes que tenía en el patio de la casa parroquial.

De los recuerdos míos son las catequesis, la celebración de los 25 años de párroco en San Bartolomé en el día de San Bartolomé de 1950, el día del Corpus del junio anterior donde dijo la homilía sentado, pues hacia poco tiempo que había salido del hospital de los Dolores de Arrecife donde todo el pueblo de San Bartolomé pasó a verle.

Don Agustín de la Hoz en su libro Lanzarote dice así porque don Víctor, siendo de aguda y amplia inteligencia, supo, como los bienaventurados, renunciar a brillantes perspectivas intelectuales y escaños eclesiásticos. Don Víctor San Martín fue un pobre cabal, y como tal cumplía su vocación. Don Víctor tuvo cordiales contactos con don Miguel Unamuno a quien trató en Fuerteventura. Cuando el Rector de Salamanca entró en “su” España, desde Hendaya, lo primero que hizo fue telegrafiar su júbilo al alcalde de Puerto de Cabras ( Fuerteventura) y al eximio don Víctor. No se enfrió esa amistad nacida en el destierro del pensador españolismo, porque continuaron escribiéndose muy a menudo.

Recuerdo su entierro el 3 de febrero de 1951 en féretro descubierto con el cáliz entre las manos y vestido con los ornamentos sacerdotales, el alcalde del momento don Blas Ferrer Díaz presidió el duelo, pues nos llevaron a todos los niños de la escuela con los maestros al frente de nosotros. En un artículo escrito por don Antonio Lorenzo Martín habla de ello *Cuando yo chico, me impresionaba el tamaño de sus zapatos; ya un poco mayor, su cuerpo en ataúd descubierto en procesión a la iglesia del pueblo; y hoy me emociona pensar en su concepto evangélico de la humildad y pobreza. Creo que era vasco y, de vez en cuando, empleaba para denominar a sus monaguillos, palabras que seguramente eran usuales en su tierra; y tenía apellido de guerrero, pero las únicas batallas que ganó fueron contra la ignorancia y la incuria.*

El certificado de defunción que hay en el libro de Difuntos del Archivo Parroquial de San Bartolomé, folio 173, número 4, dice así *En la Iglesia Parroquial del Apóstol San Bartolomé Diócesis de Canarias y Provincia de Las Palmas, a dos de febrero de mil novecientos cincuenta y uno; el infrascrito don Lorenzo Aguiar Molina, Cura Encargado de la misma mandé a dar sepultura eclesiástica, al cadáver de don Víctor San Martín Garrido, Presbítero, Cura Ecónomo que fue de esta y, que falleció el día de ayer a las veinte horas, en la Casa Parroquial de esta, de sesenta y siete años a consecuencia de anemia agudísima según certificación facultativa. Era el finado natural de Logroño, hijo de Benigno San Martín y Anastasia Garrido. Recibió los Sacramentos de la Penitencia; Viático y Extremaunción. No testó.*

*Fueron testigos el Muy Ilustre Señor Arcipreste y demás Sacerdotes de la isla.*

*De que, como Cura Encargado certifico.*

*Firmado: Ramón Falcón*

Dicha partida esta firmado por don Ramón Falcón pues al estar una parroquia sin párroco cuando llegó él como nuevo, repasó y firmó por si algo había pasado.

Nuestro admirado periodista “Guito” en el Periódico de “La Falange” del día 20 de febrero de 1951; dice así:

LANZAROTE, HA MUERTO UN GRAN SACERDOTE. ARRECIFE.  
(Crónica de nuestro corresponsal, GUITO)

*En San Bartolomé ha dejado de existir recientemente el Párroco de dicho pueblo don Víctor San Víctor Martín Garrido. Una afección de estómago acabo con su vida a los 67 años.*

*Aunque nacido en Navarra, don Víctor fue siempre un “conejero” de pura cepa, pues no en vano llevaba cerca de treinta años residiendo entre nosotros. Por eso consideraba a Lanzarote como algo suyo habiendo echo por ella, todo lo que humanamente posible pudo hacer por un pueblo. El profundo agradecimiento de la isla quedo patentizado en esa imponente masa de ciudadanos que acudió al acto de su entierro, que por su espontánea naturalidad y sencillez, resultó en extremo solemne y grandioso.*

*No puedo citar aquí brillantes datos biográficos de don Víctor porque sinceramente no los tiene. Su vida pobre, y sencilla como su propia alma, no tuvo resonancia fuera del ámbito insular a pesar del extraordinario talento y recia personalidad. Y es que don Víctor, todo un dechado de perfecciones, prefirió enterrarse entre las blancas y chatas casas de su querido San Bartolomé, derramando hasta por sus más apartados rincones el inagotable caudal de su sencillez y de su caridad. Don Víctor era un rosario de virtudes. Afable, campechano, humilde, bueno y generoso, se quitaba el pan de la boca para repartirlo con el hermano. Por eso el más calificado incrédulo le apreciaba y le consideraba. Yo, tuve la dicha de convivir con él durante varios años, puedo atestiguar la maravillosa sencillez y generosidad de ese santo. Nunca olvidaré el día que tuvo que pedir un plato de potaje a un vecino amigo, pues todo lo repartía. En su caja no hubo nunca un remanente para poder afrontar futuras necesidades.*

*Se cuenta que en cierta ocasión murió en San Bartolomé, una anciana que aunque muy pobre era una auténtica cristiana. Don Víctor le ofreció con todos los honores un enterramiento de primera clase, por supuesto sin cobrar honorarios, y cuando se percató de la escasez de concurrencia en el entierro, él mismo llevó a hombros la caja que contenía su cadáver, queriendo rendir así un último homenaje a aquella egregia dama.*

*En otra ocasión en que un modesto obrero bautizaba a uno de sus muchos hijos, no solo no espero que le abonase el importe del bautizo, sino que le entregó un billete de veinticinco pesetas.*

*Cuando momentos antes de morir una última hemorragia empapo de sangre su camisa, no encontraron otra para sustituirla.*

*El fallecimiento de don Víctor coincidió con la celebración de importantes fiestas locales. Pues bien, todo el pueblo, sin excepción, vistió de riguroso luto y no se llevó a cabo ninguna manifestación de diversión pública hasta después de celebrados los funerales, a los que por cierto asistió todo el clero de la isla, que ha llorado sinceramente la desaparición de tan ejemplar compañero.*

*Sirvan estas modestias líneas de sincero y sentido homenaje a la memoria del pobre don Víctor, cuya cima estará ya gozando de la bienaventuranza eterna.*

*Por él pedimos a todos una humilde oración.*

Esta es la crónica del periódico La Falange, cuyo corresponsal era D. Guillermo Cabrera, el le conoció bien pues estuvo por los años cuarenta de Maestro de San Bartolomé.

Es este artículo un pequeño homenaje y agradecimiento a quien fue el párroco que muchos de nosotros hemos tenido de niño, nos hizo Cristianos por el Sacramento del Bautismo, nos preparó para la primera Eucaristía y para el fortalecimiento en la Fe de manos del Dr. Pildain y Zapiain y muchos de estos recuerdos se nos amontonan a llegar a mayores.